

EL RINCÓN DEL ATENEO

JESÚS AMAYA

Poeta y socio del Ateneo

Federico García Lorca: más que todo el oro del mundo

Decir poeta que revela la belleza en sus palabras, en su canto, sin anular la transparencia en el conjunto de su obra es nombrar a Manuel Salinas y es que su voz poética ha nacido dotada de una extrema intimidad por su profunda vida interior y por esto está crecida en el duende; es una voz que, sin embargo, evita una y otra vez la invasión de la subjetividad para dar espacio a todo lo que vive fuera del ego, es decir, en la conferencia de hoy, por el amor a Federico García Lorca que le invade el alma.

Salinas es un poeta de la devoción por su atención plena a la vida en un sentido radical; un poeta natural desde su alma por su disposición constante a la oración,

es decir, por su canto pleno a lo sagrado.

Libre de cualquier credo o grupo poético, transmite una intensa espiritualidad por su pureza profunda, por su limpieza, logrando sembrar, en las personas lectoras de su obra, una apertura del alma en su percepción más genuina, en su sentido más alto.

Cantor de la esperanza y la libertad, es un poeta de la más viva expresión de la fidelidad a la palabra y a la belleza; es un sentimiento de hombre vivo, despierto a la observación de la naturaleza, de la vida, fuentes esenciales de su poesía; es un poeta soñador e inconformista, vagabundo tan amigo de la naturaleza y de la bruma como de la embriaguez lírica, todo en un árbol único,

en la misma persona que hoy les presento.

Aporta un aire fresco a quienes sabemos que nada es permanente y aspiramos a entrever la unidad del ser humano tras el velo de las vanidades.

Manuel Salinas es un poeta, como expresé antes, poseedor del duende ya manifestado por Lorca «hay que despertarlo en las últimas habitaciones de la sangre», porque el duende no es una facultad de la inteligencia sino un instinto de vida, y así, apoyando su alma en la contemplación, por el duende, permite sumergirnos en una poesía que tiene la gracia y la ligereza de lo imprevisto, de lo sencillo y controlado, amoroso y pulcro, todo por su apuesta por la belleza.

Su poesía, por su ternura, suspende en cada poema el tiempo del mundo. Esta suspensión del mundo supone, siempre, una conspiración entre el poeta y la persona lectora que hacen del poema un remanso donde el tiempo distinto, por la esperanza, nos permite buscar en el presente, en esta vida única, dosis de consuelo y de salvación.

El viernes dieciséis, en la sede del Ateneo, disfrutamos de su lectura de Lorca, que inició explicando el título, recordando la expresión que utilizaba su madre «no te cambio por todo el oro del mundo».